



PARTE QUINTA.

Referense las vidas de muchos varones esclarecidos que han florecido en virtud en esta provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas.

CAPITULO I.

Vida del venerable padre Fr. Gerónimo de Mendoza, primer ministro que descubrió esta apostólica provincia.

No hay lugar en a redondez del Universo, por retirado y escondido que esté del comercio de las gentes, que no ilustre el sol con sus benéficos resplandores, no desdenándose su grandeza de alumbrar los páramos y desiertas soledades con la misma igualdad que las soberanas cortes. De la misma manera y sin comparacion de mejor forma, las hermosas luces de la gracia jamas se limitaron à ilustrar las piadosas almas en los poblados grandes del mundo, que tambien en los retiros de esta provincia han sido productivas de maravillosos efectos, no desayudando la soledad à recibirlos; pues à ella guiaba el Soberano esposo à la alma santa para hablarle al corazon palabras encendidas y amorosas. De lo referido en esta crónica consta ser esta provincia de Zacatecas la mas retirada de

cuantas tiene mi religion Seráfica, y consiguientemente la mas retirada de cuantas tiene la cristiandad en estas partes de la América; pero en tan retirados y desiertos páramos para aliento de nuestra tibieza y recuerdo de nuestra ingratitude, y para que Dios sea glorificado en sus recónditas operaciones, han vivido, y hay religiosos de fervoroso y ardiente espíritu, con virtudes tan heroicas, que han llenado nuestro apostólico Instituto, dejando à la posteridad religiosísimas huellas que imitar y venerables vestigios que seguir: y porque no queden totalmente sepultadas sus memorias de nuestras omisiones, daré razon de algunos, de que tengo ciertas noticias y sólidos instrumentos; ¡ojalá y si como son muy ciertás fueran mas estensas é individuales para la comun edificacion del pueblo cristiano! Mas ya que no pueda reschitar en el todo operaciones dignas de vivir estampadas en los bronce, para ministrar algun conocimiento à los religiosos de esta provincia mis hermanos, de las primeras pisadas de nuestros mayores, para que aspirando à la imitacion de su religioso celo nos empeñemos fervorosos en la cosecha de tanta mies como el padre de familias ha fiado à los jornaleros hijos de esta Seráfica zacatecana provincia, y pues fuimos conducidos à la labor de esta viña, nos esmeremos en su labor y cultivo, que poniendo de nuestra parte el cuidado necesario, no nos puede faltar la piedad divina con el rocío de la divina gracia, que sabe comunicarse à todos con afluencia, como se verá en el venerable objeto de quien en este capítulo se trata.

Fué el venerable padre Fr. Gerónimo de Mendoza natural de la provincia de Alava en los reinos de Castilla, de la muy ilustre y esclarecida familia de los Mendozas, solar dichoso de los escelentísimos duques del Infantado, señores de la casa de Mendoza, que podía ser del sol por sus soberanías; de este tronco salió la feliz rama de Fr. Gerónimo para lustre de mi seráfica familia, y origen dichoso de esta provincia de Zacatecas, que aunque muchos no conocen otra nobleza verdadera que la que dimana de la virtud propia, dicen bien como filósofos; pero como historiadores, deben advertir la nobleza heredada, porque de buenos principios comunmente resultan efectos buenos, y de sangre generosa rara vez faltan hazañas esclarecidas. La mas heroica es el propio vencimiento, y ninguno mas dispuesto à

él que quien por su nobleza aspira á salir siempre victorioso: por esta razon sin duda nuestro erudito Torquemada para ponderar las virtudes de este sugeto venerable, apunta primero lo esclarecido de su sangre, para que advierta el mundo que siendo tan elevada, aun la ilustra mas lo esclarecido de sus virtudes.

Nació este ilustre héroe en la ciudad de Victoria, donde fué educado con el cuidado que la calidad de sus padres requeria; llegó á edad perfecta ocupado en el primer ejercicio de las primeras letras humanas, sin que haya podido adquirir otra noticia. En este tiempo pasó un tio suyo llamado D. Antonio de Mendoza, de primer virey de esta Nueva-España, y en su compañía y por aumentar su fortuna, su sobrino D. Gerónimo de Mendoza, que llegaron á este reino el año de 1533. Luego que tomó D. Antonio posesion del vireinato, teniendo esperimentadas las prendas de su sobrino, le ocupò en la judicatura á que le vió inclinado: practicóla con entereza, pero con ruidosas liviandades, que entendidas de su tio, le trajo á su palacio, y por tenerle á su vista y ocupado, le nombró capitan de su guardia: no olvidó sus travesuras con el cargo ni con la cercanía de su tio, antes se mostró de condicion tan desabrida, que se hizo penoso á todos.

A quien mas mortificaba era á los hijos de N. S. P. San Francisco con su indevacion conocida, siendo de esta la total causa ver el sumo aprecio que el señor virey hacia de nuestros religiosos, y que estos con su penitente religiosidad y compostura reprendian mudamente sus delitos; y como el malo arguye su conciencia con las rectas operaciones de los buenos, no pudiendo sufrir este continuo torcedor los aborreció con estremo. En este estado se hallaba D. Gerónimo de Mendoza, mareado con la dulce adulacion de los palaciegos, cuando de repente Dios, como á otro Saulo, con la fuerza de su auxilio le derribó súbitamente del desbocado bruto del apetito en que caminaba ligero al precipicio, y de corazon diamantino lo trocò en blando, dócil y fervoroso: trasformado por este medio en cordero manso el que era lobo carnicero, y en vaso de honra que llevase el nombre de Jesus á las naciones gentiles chichimecas, el que habia sido vaso de ignominia en México y en sus contornos.

Pidió nuestro santo hábito, movido de superior influjo, y conociendo el prelado ser su vocacion perfecta, se le concedió en el convento de México, donde con mucha edificacion de los religiosos y los que le habian conocido en el siglo, pasó su año de noviciado. Hizose cargo del nuevo estado, y como desengañado de las falacias del mundo, soltó á los fervores de su vocacion los diques, para purificar con lo aere de la penitencia las manchas de los escándalos que con su licenciosa vida habia en el siglo ocasionado. Despues de haber profesado con general gusto y consentimiento de todos, estudió los cursos de filosofia y teología, en que salió aventajado, ocupándose en el ejercicio de la predicacion con aprovechamiento de muchos. Luego que profesó se hizo cargo de las obligaciones de hijo de San Francisco, y azorado con este estímulo macerò su carne con tanto esceso, que siendo tantas las austeridades de nuestra regla, no solo la guardó toda su vida á la letra sin mitigacion alguna, sino que añadió otras penalidades que no pudieran superar las humanas fuerzas á no estar prevenidas de la gracia.

Nunca vistió mas que un hábito, y este el mas grosero y viejo; todo el tiempo que asistió entre los chichimecos en el descubrimiento de esta provincia, anduvo enteramente descalzo, sin el uso permitido de las sandalias; fué esta mortificacion penosísima para este venerable religioso, que andando á pié era preciso herirse sus desnudas plantas en una tierra inculta, que todo es abrojos, y espinas, y desigualdad de piedras; sus ayunos antes que saliese de México eran continuos, aunque con las refecciones que se acostumbran en los conventos; pero luego que vino á estas partes, se mantuvo solamente con el pan de lágrimas, llorando sus propias y ajenas culpas, ó con el pan de la consolacion divina; porque el mantenimiento que tomaba una vez al dia el tiempo que estuvo entre los chichimecos, al principio eran algunas silvestres frutas, y despues que entró á sembrar á los indios, un poco de maiz tostado, y si alguna vez e daban algo de la caza de los indios, hacia que lo comia por manifestarse á su benevolencia grato; su cama en estas partes siempre fué sobre la desnuda tierra, sin mas abrigo que su manto; siempre vivió receloso de su carne, y así la trató como á enemiga, y si acaso queria mas sueño por los caminos dilata-

dos del que acostumbraba, le sacudía con los golpes de la disciplina, que las mas veces era de sangre; el silicio de que usó lo mas de su vida á raiz de las carnes era muy áspero de cerdas. Con esta y otras mortificaciones procuraba este varon venerable tener su carne tan rendida, que no se rebelara contra el espíritu, para que así como habia escandecido à tantos con sus culpas, edificase à muchos con la patente satisfaccion de sus austeridades y penitencias, y conociese el mundo que donde abundó la malicia superabundaba la gracia.

Esta le llevaba á la soledad del retiro de la oracion, donde Dios habla al corazon de sus escogidos lo que cede en su mayor honra y agrado; en esta pasaba lo mas de la noche, pidiendo á Dios por la conversion de las almas, y como eran sus súplicas tan continuadas y fervorosas, ilustró Dios su entendimiento, para que desfogando su celo saliese á la conversion de los bárbaros. Con esta ilustracion divina pidió licencia à los prelados, y por el año de 1545 salió para las partes de Jalisco, donde à la sazón estaba la conquista y la conversion en su pujanza. Asistió en aquellas partes poco tiempo, porque comunicando à Joanes de Tolosa, su paisano, acerca de la nueva conquista que intentaba de la nacion zacatecana, con licencia de sus prelados acompañó con otros religiosos nuestros á este caudillo esclarecido de la nacion vascongada.

Hallóse en la conquista de los zacatecas, y despues de haber convertido innumerables indios al gremio de la Iglesia en compañía de sus hermanos, llamados todos de su prelado, dejaron á Zacatecas, y nuestro Fr. Gerónimo se volvió á México, donde por sus elevadas prendas le miraban todos como à oráculo: pasados mas de tres años, se ofreció entre los mineros de Zacatecas y otros vecinos principales una gravísima discordia, para cuyo ajuste fué preciso que el nuevo virey D. Luis de Velasco metiese su poderosa mano; tenia noticia de las prendas heredadas y adquiridas de Fr. Gerónimo, y deseando la paz de aquel rico y nuevo mineral de Zacatecas, se valió de su política, religiosidad y prudencia, para que con licencia de sus prelados pasase á Zacatecas, y como quien conocia la tierra y á los mas que la habitaban, serenase aquella discordia é hiciese amistades entre las partes interesadas.

Gozoso volvió á Zacatecas nuestro venerable padre, viendo que por este medio conseguia lo que tanto deseaba, que era la conversion de los infieles; y á pié y descalzo, como acostumbraba, acompañado de un indio mexicano, llegó á Zacatecas, sin mas avio que el que esperaba de la Divina Providencia y de Cristo crucificado, cuya imàgen traia siempre sobre su pecho. Luego que llegó á Zacatecas, como ángel de paz fué recibido, y como padre de todos venerado, que sabiendo el fin de su venida ajustaron todos sus discordias, y hechas entre las interesadas partes las capitulaciones necesarias, evacuó su embajada en breve tiempo con singulares demostraciones de regocijo de todos los interesados y demas vecinos. Detúvose algunos días el venerable religioso en el real de Zacatecas, condescendiendo á los ruegos de muchos que le quisieran tener de asiento para consuelo de sus almas y espiritual provecho; pero como Dios le llamaba á la conversion de los gentiles, vivia atormentado en el potro de sus deseos, hasta que le abrió Dios camino para meterse à tierra adentro á la conversion de los bárbaros, acompañando á unos soldados que salian al descubrimiento de un mineral adelante de Sombrerete, llamado San Martin.

Lo que hizo y ejecutó este venerable padre en la conversion de los indios de San Martin, valle de Súchil, y Nombre de Dios, ya queda referido en la primera parte de esta historia, y solo diré ahora que en la conversion de estas gentes, como otro Pablo, padeció frios, soles, hambres, cansancio, sustos, temores, y todo género de trabajos, trayendo siempre la vida á mucho peligro y riesgo entre los caribes chichimecos, á trueque de traerlos á la fé de Jesucristo; pero con la divina gracia de que estaba fortalecido, se le hacia todo llevadero. Fundó la primera doctrina, convento de esta religiosísima provincia de Zacatecas, y por ser la primera que dió ópimos frutos de cristiandad á los graneros de la Iglesia entre estos bárbaros, la apellidó el Nombre de Dios, como quien en su virtud habia de destruir al abismo é innumerables gentes de sus infernales escuadras. Desde este parage asistia este celoso ministro á los españoles de San Martin, que distaban como doce leguas, á confesarlos y decirles misa, y en estas idas y venidas buscaba otras rancheñas dispersas por aquellos páramos, que convencidas de la dul-

zura y eficacia que Dios habia depositado en los labios de su ministro, le seguian como á pastor corderos mansos, los que habian sido rabiosos lobos, y catequizados por su amado padre, vivian congregados y sujetos con el bautismo al dulce imperio de la Iglesia.

Escribia cada dia á los prelados suplicando nuevos obreros para mies tan dilatada, y condescendiendo amorosos á su súplica, le enviaron cuatro para que desahogase su abrasado celo. Entrególe el nuevo convento y doctrina al P. Fr. Pedro Espinareda que venia de prelado, y recibiendo orden para que pasase á México, se despidió de sus nuevos hijos con tiernas lágrimas, prometiéndoles que no les olvidaria, pues pasaba á España con ánimo de traer mision para mies tan estendida: con este celo llegó á México, y de allí pasó á España en compañía de N. M. R. P. Fr. Francisco de Bustamante, comisario general de estas partes, á pedir ministros al rey y á su consejo para la conversion de estas gentes, y en demanda tan gloriosa le cogió la muerte, y dió fin á su apostólica vida, con sentimiento universal de toda la corte, que en los dias que le comunicaron, reconocieron en él un vivo retrato y ejemplar de N. S. P. San Francisco. Enterróse en nuestro convento de Madrid, á cuyas exequias y entierro se conmovió toda la corte, atraida de la fama de sus religiosísimas virtudes, y por ver y venerar á un hombre que en lo penitente y austero predicaba penitencia á todos. No he podido adquirir mas noticias de este varon á todas luces maravilloso; sin duda que la distancia de las regiones, y el ser hijo de otra provincia, haria poner menos cuidado en las circunstancias de su última enfermedad, que lo que requería una vida tan ajustada, apostólica y fervorosa; pero habrán de contentarse mis oyentes con lo poco, aunque muy cierto, que refiero de este ministro evangélico, primer fundador sin controversia de esta provincia de Zacatecas.

CAPITULO II.

Vida de los venerables padres Fr. Pedro de Espinareda y Fr. Diego de la Cadena, segundos fundadores de esta provincia de Zacatecas.

El venerable padre Fr. Pedro de Espinareda, varon verdaderamente apostólico, y primer custodio de esta provincia, nos dejó en su portentoso modo de vivir un maravilloso ejemplar: no tiene esta provincia individuales noticias de su patria, y solo se sabe que fué hijo de la religiosísima provincia de Santiago; que celoso de la conversion de las almas, vino á la provincia del Santo Evangelio, entre los doce que vinieron la segunda vez de aquella santa provincia: de su candidísima vida y austera penitencia se tienen memorias ciertas y piadosas, aunque no con la estension que se debia, para que fuesen de nuestros religiosos imitadas. Fué observantísimo de nuestro sagrado instituto y regla; y con haber sido fundador de cuatro conventos, de los cinco primeros que tuvo esta provincia quando era custodia, y haber sido necesario para su fundacion y aumentos andar muchas leguas, y por caminos ásperos y montuosos, siempre anduvo á pié y descalzo, sin mas alivio para tan penosas jornadas, que su breviario, disciplina y un pobre manto, trayendo á raiz de las carnes un hábito tosco, ayunando lo mas del tiempo, sin que le hiciesen decaecer en estas austeras operaciones las penalidades que traen consigo estos dilatados y asperísimos caminos, sin tener descanso en convento alguno, porque á cada paso se le ofrecian nuevas dificultades

que vencer en las nuevas fundaciones, que le costaron indecibles fatigas y trabajos extraordinarios.

Fué prudentísimo y de grandísima tolerancia, así en las aflicciones de su espíritu, cada día atribulado con los sucesos de sus fundaciones nuevas, como en las penalidades temporales que se le ofrecieron en tan nueva y desacomodada tierra, hallándose cada día en ella sin socorro humano ni bastimento, sufriendo con ánimo constante las adversas fortunas que se experimentan en los principios de las conversiones. A este varón, digno de eterna memoria, debió esta provincia los aumentos con que, por la Divina Piedad, se halla el día de hoy; pues en la mayor parte puso los fundamentos sólidos para este místico edificio, con tanta felicidad, que de la casa que fundó el venerable Mendoza, y las cuatro que erigió nuestro religiosísimo Espinareda con su cuidado y asistencia, se han multiplicado hasta cincuenta y cuatro casas, como queda referido en esta historia.

En las virtudes teologales fué eminentísimo nuestro primer custodio y prelado de esta provincia: su fé se conoció patente en el infatigable tesón con que siempre aspiró á la ecsaltacion del Nombre de Dios; éste le sacó de la provincia de Santiago, para que trasegando los mares, pasase á la conversion de las gentes á la Nueva-España. Este celo le sacó tambien de México á estas partes recién descubiertas, para lograr en la copiosa mies que se ofrecia, muchas almas á la Iglesia, sin perdonar trabajos y peligros que por instantes se ofrecian; y finalmente, su heróica fé le trajo en continuo movimiento, de sierra en sierra, de barranca en barranca y de una conversion á otra, ya convirtiendo infieles por los montes, ya trayéndolos á poblado para catequizarlos, y ya finalmente, haciéndolos participantes de su fé con las aguas del bautismo, en tanto número, que solo el padre Espinareda, en los seis años primeros, bautizó mas de quince mil indios adultos por su mano, para cuya consecucion no le aterraron ni las muertes que algunos de sus hermanos padecieron en estos tiempos á manos de los bárbaros, ni otros innumerables peligros, siendo la firmeza de su fé la causa de efectos tan maravillosos.

Su esperanza, que fué el esfuerzo con que le preparó el Altí-

simo para vencer imposibles, á no ser tan heróica, ¿cómo fuera dable haber emprendido la conquista espiritual y temporal de naciones tan bárbaras é indómitas como habitaban en la Nueva Vizcaya? ¿Cómo era posible que un pobre religioso, con un solo saco roto y un Crucifijo en las manos, hubiera fundado tantos conventos entre los bárbaros? ¿Cómo podia animarse á entrar por las sierras, y traer de mil en mil á los bárbaros para que vivieran políticamente á poblado? ¿Cómo al ver que en los tres primeros años le martirizaron á cuatro compañeros los indios, se empeñaba con ellos mismos á reducirlos, buscándolos en los montes donde andaban fugitivos, pisando y despreciando en cada paso un peligro, hasta conseguir la reduccion de aquellos bárbaros corazones? ¿Esto no es un prodigio de la firmeza de la esperanza de este varón apostólico? Atiendan á sus acciones, y registrarán en ellas la respuesta.

Su caridad fué intensísima; amó siempre á Dios sobre todas las cosas, en que consiste el amor perfecto, y en obsequio de este incendio amoroso, sacrificó á Dios su cuerpo en la penitencia, su voluntad á la negacion de sí mismo, y la sangre de sus venas al cuchillo de los bárbaros; con estos deseos acometió intrépidamente á la misma muerte que le tenían prevenida los indios bárbaros. Huyéronse en una ocasion del Nombre de Dios como cincuenta indios de una ranchería que estaba actualmente catequizando, en ocasion que el venerable padre estaba ausente del pueblo. Luego que llegó, le dió noticia Fr. Jacinto, su compañero, avisándole que iban resueltos á defenderse hasta morir, primero que volver al pueblo: no le sirvió esta resolucion de los bárbaros de rémora á las fogosas ansias de la caridad de este santo religioso; antes, azorado, con el deseo de padecer por su amado, salió sin detenerse á buscar sus fugitivos indios, por ver si con su predicacion podia reducirlos al rebaño de la Iglesia, aunque fuera á costa de su vida: caminó algunas leguas, y los halló en una barranca con sus arcos y flechas en las manos, para ofender y defenderse del bendito religioso: fuese á ellos con una ecsaltacion, tendidos en cruz los brazos, predicándoles en su idioma, y afeándoles el haber dejado el seguro camino de la fé en que habian ya entrado, por caminar por las precipitadas veredas del infierno; y cuando ha-

bian de acometer furiosos para quitarle la vida, se le rindieron mansos corderos, y los redujo amoroso al pueblo, faltando en esta ocasion tirano cruel á los deseos de este devoto religioso.

Estos incendios de su caritativo pecho, estendiéndose á beneficios del prójimo, eran inestinguibles, sin que jamas se saciasen, ni con la conversion de tantas almas como redujo al gremio de la Iglesia. Cuando la obstinacion de algunos indios era tanta, que como diamantes duros, se resistian á los fervores de su celo, se anegaba su abrasado espíritu en raudales de copioso llanto, sin que admitiese consuelo su sentimiento; que quien no siente la perdicion de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, poco tiene de caridad á Dios y al prójimo. Esta fineza de su apostólico celo le hizo cargar la continuada tarea de mas de treinta años de predicacion entre los indios bárbaros de la nueva custodia, derramando por toda la tierra de su circuito las corrientes de su doctrina y enseñanza evangélica: en esto se ocupaba nuestro venerable padre, y en pedir incesantemente á Dios en la oracion por la conversion de aquellos bárbaros infieles, que atendidas por la Magestad Divina sus piadosas peticiones, se dignó revelarles que aquellas gentes de su nueva custodia se reducirian á la fé, aunque en su conversion padecerian muchos trabajos los religiosos; que la custodia creceria tanto, que en breves años llegaria á ser provincia dilatada y madre de otra custodia. Todo lo cual, dispensando en su modestia descubrió á sus compañeros, para que le ayudasen á dar á Dios repetidas gracias por tan singular beneficio. Toda esta profecía se ha visto cumplida del todo, como se la reveló Dios á este su venerable siervo, porque de cinco conventos que habia entonces, se han multiplicado hasta cincuenta y cuatro, entre los cuales se numera una custodia dilatada, que mediante el favor divino, se espera será una de las mejores y provincias de la Nueva-Espana: predijo asimismo los trabajos que habian de padecer nuestros religiosos de muertes, afrentas, hambres y otras penalidades en la conversion de las gentes de esta dilatada provincia, lo que se ha visto cumplido, como consta de lo referido en esta historia. Esta profecía la refirió su compañero Fr. Diego de la Cadena, quien la oyó de su misma

boca, y la dejó referida, habiéndolo confesado mas de veinte años.

El venerable Fr. Diego de la Cadena fué compañero amado del venerable padre Espinareda, quien vino desde México á estas partes en su compañía, y como en el espíritu eran iguales, era la caridad tan una, que jamas fueron sus dictámenes diversos: muchas veces, caminando estos venerables varones por las asperezas y soledades de la custodia, se vieron fatigados de la sed y hambre, recurriendo á la oracion, comun asilo de los afligidos, salian al encuentro los indios bárbaros, ofreciéndoles de sus comidas rústicas, las necesarias para salir de sus ahogos; que encontrar alivio y socorro en la tiranía de los bárbaros, es singular maravilla del Altísimo; aunque para los venerables padres Espinareda y Fr. Diego fueron los infieles, no solo especiales bienhechores, sino esclavos obedientes, ejecutando sus mandatos, sin que jamas tuviesen descomedimiento; y siendo estas gentes indómitas por su naturaleza, en tantos años como los venerables padres vivieron entre ellos, jamas dejaron de obedecerlos, ni les faltaron al respeto, especialmente al padre Espinareda, que no fué corto privilegio este que le concedió el Altísimo, porque en lo natural no cabe tanta docilidad y blandura en esta bárbara gente: lleno de dias y merecimientos llegó el venerable Espinareda á una ancianidad verable, y habiendo prevenido á sus hermanos con la noticia de su muerte, se dispuso, recibiendo con muchas lágrimas los santos Sacramentos, para el último trance en que piadosamente debemos creer, pasó á gozar los premios merecidos por sus rectas operaciones. Diósele supultura en nuestro convento de Zacatecas, á cuyo entierro acudió todo el nobilísimo concurso de aquella ciudad, que lloraba tiernamente la falta de un apostólico varon para comun edificacion del pueblo cristiano y de un amoroso padre, en cuyas piedades hallaban todos remedio á sus necesidades, y como el padre Fr. Diego habia sido en todo su fiel compañero, lo fué tambien en la muerte el mismo año de 1586, y en el mismo mes de Octubre en el convento de Durango, donde su venerable memoria aun permanece hoy para el comun consuelo de la piedad cristiana.